

22 ENERO

---

LOS DIEZ DIAMANTES

*Lo que apenas nos permitía mirar al Augusto personaje, eran diez diamantes.*

“



**M**ientras dormía, creí hallarme paseando en una gran sala, magníficamente adornada, con los Directores de nuestras casas, cuando apareció entre nosotros un hombre de tan majestuoso aspecto que no podíamos fijar en él la mirada. Habiéndonos observado en silencio, se puso a caminar a poca distancia nuestra.

El personaje estaba vestido de la siguiente manera: Un rico manto le cubría el cuerpo a manera de capa. En la parte más cercana al cuello llevaba una banda anudada por delante, con una cinta que le caía sobre el pecho. En la banda se leía escrito con brillantes caracteres: La Sociedad de los Salesianos, en 1881, y en la cinta: Como debería ser.

Lo que apenas nos permitía mirar al Augusto personaje, eran diez diamantes de tamaño y esplendor extraordinarios. Tres de estos diamantes los tenía sobre el pecho. En uno estaba escrito, Fe; en otro, Esperanza, y en el tercero, colocado sobre el corazón, Caridad. Sobre los hombros llevaba otros dos diamantes. En el del hombro derecho se leía, Trabajo, y en el del izquierdo, Templanza. Los cinco diamantes restantes adornaban la parte posterior del manto dispuestos en el siguiente orden: Uno, el más grande y refulgente, estaba en medio, como centro de un cuadrilátero y tenía escrito, Obediencia. Sobre el primero, colocado a la derecha, se leía: Voto de pobreza. Sobre el segundo, puesto en el mismo lado, pero más abajo, Premio. En el tercero, colocado a la izquierda, Voto de castidad.

El resplandor que irradiaba este diamante era tal que fascinaba y atraía la vista como el imán al hierro. El cuarto, colocado también a la izquierda, pero más abajo, llevaba grabada la palabra, Ayuno. Estos cuatro diamantes dirigían sus rayos luminosos hacia el diamante del centro. Todos estos diamantes despedían rayos que se elevaban a manera de pequeñas llamas en las que se leían diversas sentencias.

En los rayos del diamante de la Fe, estaba escrito: "Armaos con el escudo de la fe, para que podáis combatir contra las asechanzas del diablo". En otro rayo se decía: "La fe sin obras está muerta". "No los que oyen la ley de Dios poseerán su reino, sino los que la cumplen". En los rayos de la Esperanza: "Confíad en Dios, no en los hombres". "Estén vuestros corazones siempre fijos donde existen los verdaderos goces.

En los rayos de la Caridad: "Si queréis cumplir la ley divina, ayudaos los unos a los otros". "Amad y seréis amados. Pero amad vuestras almas y las de los vuestros". "Récese devotamente el Oficio divino. Celébrese atentamente la misa. Visítese amantísimamente a Jesús Sacramentado".

En el diamante del Trabajo: "Remedio de la concupiscencia". "Arma poderosa contra todas las insidias del diablo". En el diamante de la Templanza: "Si quitas la leña se acaba el fuego". "Haz pacto con tus ojos, con la gula y con el sueño, para que estos enemigos no perjudiquen a vuestras almas". "La intemperancia y la castidad no pueden vivir juntas".

En el diamante de la Obediencia: "Fundamento del edificio espiritual y compendio de santidad". En los rayos de la Pobreza: "De los pobres es el reino de los cielos". "Las riquezas son espinas". "La pobreza no consiste en palabras sino en afectos y obras. Ella nos abrirá el reino de los cielos y entraremos en él".

En los rayos de la Castidad: "Todas las virtudes vienen juntamente con ella". "Los limpios de corazón comprenden los arcanos divinos y verán al mismo Dios". En los rayos del Premio: "Si te deleita la grandeza del premio, que no te espante la multitud del trabajo". "El que conmigo padece, conmigo gozará". "Momentáneo es lo que padecemos en la tierra y eterno lo que deleitará a mis amigos en el cielo". En los rayos del Ayuno: "Arma potentísima contra las asechanzas del enemigo". "Custodio de todas las virtudes". "Con el ayuno se vence todo género de demonios".

La orla del manto era una ancha franja rosada, en la que se leían estas palabras: "Argumento de predicación por la mañana, al mediodía, por la tarde". "Recoged los fragmentos de las virtudes y os haréis un gran edificio de santidad". "¡Ay de vosotros si despreciáis las cosas pequeñas, poco a poco caeréis!".

Hasta entonces los Directores habían estado, quién de pie, quién de rodillas, pero todos atónitos y silenciosos. Entonces don Miguel Rúa, como fuera de sí, dijo:

- Es necesario tomar apuntes para no olvidarse.

Buscó una pluma pero en vano: sacó la cartera y no halló el lápiz.

- Yo me acordaré de todo, dijo don Celestino Durando.
- Me gustaría tomar nota de todo, añadió don José Fagnano, y se puso a escribir con el tallo de una rosa.

Todos miraban y comprendían lo que iba escribiendo. Cuando don José Fagnano hubo terminado de escribir, don Santiago Costamagna continuó dictando:

- La caridad lo comprende todo, lo sobrelleva todo, lo vence todo: prediquémosla con la palabra y con los hechos.

Mientras escribía don José Fagnano, desapareció la luz y densas tinieblas invadieron el salón.

- ¡Silencio!, exclamó don Carlos Ghivarello. Arrodillémonos, oremos y vendrá la luz.

Don Luis Lasagna comenzó el Veni Creator Spiritus, después el De profundis, la jaculatoria Maria Auxilium Christianorum, siguiéndole todos. Al responder los circunstantes: Ora pro nobis, apareció una luz rodeando un cartel en el que se leía: Salesianorum Societas qualis esse periclitatur anno salutis 1900. (Cómo corre peligro de ser la Sociedad Salesiana, en el año 1900.)

La luz se hizo un poco más viva de modo que todos nos podíamos ver y conocer. En medio de aquel resplandor reapareció el Personaje, pero con aspecto melancólico y como quien está a punto de comenzar a llorar. El hermoso manto que antes le cubría estaba ahora descolorido, apollado y roto. En el sitio de los diamantes sólo había, debido a la polilla y a otros insectos, un gran rasgón.

- Mirad y entended, nos dijo.

Y vi que los diez diamantes se habian convertido en otras tantas polillas que roian furiosamente el manto. El diamante de la Fe habia sido sustituido por esta frase: "Sueño y pereza". El de la Esperanza por "Risas y chacota". El de la Caridad por "Negligencia en los divinos oficios. Aman y buscan sus cosas y no las de Jesucristo".

El de la Templanza por "Gula y aquellos cuyo Dios es el vientre". El del Trabajo por "Sueño, hurto y ociosidad" En el lugar de la Obediencia habia un ancho y profundo desgarrón, sin nada escrito. El diamante de la Castidad habia sido sustituido por la frase: "Concupiscencia de los ojos y soberbia de la vida". El de la Pobreza por "Lecho, hábito, vino y dinero". El del Premio por "Nuestra recompensa serán las cosas de la tierra". En el sitio del Ayuno no habia nada escrito, sólo un rasgón.

Ante espectáculo tan desolador quedamos todos aterrados. Don Luis Lasagna cayó desvanecido al suelo. Don Juan Cagliero palideció como la cera y apoyándose en una silla, exclamó:

- ¿Es posible que las cosas hayan llegado ya a este punto?

Don José Lazzero y don Pedro Guidazio estaban como fuera de si y se dieron la mano para no caer. Don Juan Francesia, el conde Cays, don Julio Barberis y don José Leveratto estaban arrodillados rezando el Rosario. De pronto se oyó una voz potente que decía:

- ¡Ha desaparecido tanta belleza! Quomodo mutatus est color optimus.

En medio de la oscuridad, sucedió un fenómeno singular. Repentinamente nos volvimos a encontrar rodeados de densas tinieblas en medio de las cuales apareció una luz vivísima en forma de cuerpo humano. No podíamos fijar la mirada, pero podíamos apreciar que se trataba de un jovencito vestido de blanca túnica bordada en plata y oro. Alrededor de la túnica llevaba una orla de luminosísimos diamantes.

El jovencito de blanca túnica se adelantó un poco hacia nosotros y con majestuoso aspecto, dulce y amable al mismo tiempo, nos dirigió estas textuales palabras: "Siervos e instrumentos del Dios Omnipotente, atended y recordadlo bien". "Animaos y permaneced firmes". "Lo que acabáis de ver y de oír es un aviso celestial hecho a vosotros y a vuestros hermanos. Estad atentos y comprended mis palabras". "Los dardos que se ven venir hieren menos y se pueden prevenir. Cuantas son las palabras señaladas, otros tantos sean los argumentos de predicación". "Predicad sin cesar: oportuna e importunamente. Pero lo que prediquéis predicadlo constantemente de tal manera que vuestras obras sean como la luz, que, cual segura tradición pase de generación en generación a vuestros hermanos e hijos". "Oíd y recordadlo bien. Sed cautos en la aceptación de los novicios; fuertes en probarlos; prudentes en admitirlos a la profesión. Probad a todos: pero, quedaos sólo con los buenos. Despedid a los ligeros y volubles". "Oíd y recordadlo bien. Vuestra meditación de la mañana y de la noche, sea sobre la exacta observancia de las Constituciones. Si lo hacéis así no os faltará nunca el auxilio del Omnipotente. Seréis la admiración del mundo y de los ángeles y entonces vuestra gloria será la gloria de Dios".

Los que vivan al fin de este siglo y al comienzo del otro dirán de vosotros: "El Señor ha hecho todo esto y es admirable a nuestros ojos. Entonces todos vuestros hermanos e hijos cantarán al unísono: No a nosotros, Señor, no a nosotros, sino a tu nombre da gloria".

Estas últimas palabras las cantó el jovencito de la blanca túnica y a su voz se unió una multitud de voces tan armoniosas y sonoras que todos quedamos extasiados y para no caer desvanecidos nos unimos a los demás en el canto.

Cuando éste se hubo terminado, se oscureció la luz. Entonces me desperté y observé que comenzaba a amanecer.



Una elegante losa de mármol adornada con exquisitos detalles de motivos vegetales recuerda a la entrada de la habitación de San Benigno Canavese el sueño tenido por Don Bosco la noche del 10 al 11 de septiembre de 1881 sobre cuáles deben ser las virtudes características del salesiano. Un sueño de gran importancia que Cecilia Romero resume de manera preciosa:

El sueño se desarrolla en tres momentos intimamente relacionados entre sí, que podrían caracterizarse con estos términos: LUZ-SOMBRA-ESPERANZA. Don Bosco camina con los directores de las casas salesianas, cuando aparece un hombre de aspecto majestuoso, envuelto en un rico manto adornado con diez brillantes diamantes: estas son las virtudes que los Salesianos deben cultivar.

De repente, una espesa oscuridad desciende sobre todos los presentes. Sólo una tenue luz permite leer en un cartel: «Pia Salesianorum Societas qualis esse periclitatur anno salutis 1900». El personaje de antes reaparece, pero con el rostro triste y melancólico y el pelaje descolorido, apolillado y hecho jirones. Los diez diamantes han desaparecido. En su lugar aparecen voraces carcomas, símbolo de los vicios que pueden corromper la vida religiosa. Una espesa oscuridad lo envuelve todo nuevamente, pero es disipada por el resplandor que irradia un joven vestido de blanco, adornado con brillantes diamantes. Él entona un canto de esperanza. En ese canto se unen muchas otras voces y todos los presentes.

P. Stella ha estudiado también este sueño en su segundo volumen ya citado. Sobre estos conocidos como “los diez diamantes” expone lo siguiente:

El lugar preeminente se asigna a las virtudes teologales, fundamento de la vida cristiana: en el frente del manto destacan la fe, la esperanza y la caridad: obediencia, pobreza y castidad en el centro de la espalda. Don Bosco conocía bien las realidades simbolizadas por los otros cuatro diamantes: el trabajo y la templanza, el ayuno y el gran premio.

El sueño ha sido profundizado por muchos estudiosos y muchos rectores mayores de la Congregación salesiana han hecho referencia a él. El sueño encuentra su explicación paradigmática y autorizada en la carta “Fisionomía del salesiano, según el sueño del personaje de los diez diamantes” escrita por Egidio Viganò en ocasión del centenario del sueño. En ella recoge inicialmente una síntesis de las tres partes del sueño, que es para él un “importante cuadro de referencia para nuestra identidad vocacional” que se tiene que cuidar siempre para asegurar el futuro de la Congregación. Recalca la preocupación del propio Don Bosco por que los salesianos conocieran este sueño. Tras la explicación y profundización en el sueño, Viganò hace una lectura teológica y armónica de la primera parte del mismo:

El «frente» y la «espalda» indican realidades complementarias inseparables. Se trata de una persona –o de una comunidad fiel– totalmente orientada hacia el misterio de Dios, convencida del triunfo final del bien sobre el mal, entregada incansablemente a la construcción del Reino, con el corazón em papado de aquella caridad pastoral que es amor traducido en bondad, y decidida a un constante y muy concreto ejercicio de ascesis.

Propone una mirada a Don Bosco, como aquel que ha encarnado este espíritu salesiano en la práctica, no solo a nivel teórico. Sigue con la segunda parte del sueño, que según él, describe al antisalesiano, creando lo que llama dialéctica de salesianidad-antisalesianidad.

Para Viganò la tercera parte nos recuerda que no trabajamos por nuestra cuenta, sino que somos siervos e instrumentos del Señor. Describe los medios para ello lanzando una importante pregunta con la que cerramos este comentario:

El salesiano de hoy, la comunidad de cada casa, ¿escucharán esas advertencias? He ahí una pregunta angustiada que se asoma al horizonte del futuro y que plantea el problema del porvenir de la Congregación.